

canon de los pensadores clásicos del conservadurismo que aúna la historia de las ideas políticas con ámbitos como la estética o la literatura. Establece con soltura y claridad un hilo intergeneracional que vertebra un exuberante ámbito del pensamiento político, tristemente denostado y caricaturizado en aras de los sesgos cognitivos ideológicos que conducen a la política a la penuria de las ofertas de sentido reduccionistas antes que a una concepción de esta como conversación, acomodo de las diferencias y conciliación de intereses contrapuestos. El carácter sintético y el esfuerzo de sistematización, nutrida por la erudición del autor en esta tradición política que tanto estudió y a la que tantos esfuerzos dedicó en su defensa, hacen de este libro una herramienta analítica valiosa para lectores interesados en las ideas políticas. Además, al ceñirse a una sucinta exposición de la perspectiva teórica complementa sus restantes estudios sobre el conservadurismo, más atentos a otros aspectos como su puesta en práctica, la compilación de las lecturas esenciales sobre el mismo o sus polémicas con las ideologías modernas como ofertas de sentido excluyentes. Su lectura resulta grata merced a la elegancia de la prosa de Scruton. *Conservadurismo*, consecuentemente, resulta una obra muy recomendable tanto para quien aspire a conocer el pensamiento conservador como para aquellos estudiosos que deseen profundizar en esta tradición política. Sirvan estas líneas para suscitar la curiosidad de los hipotéticos lectores y como despedida para un intelectual que, desde su amada Inglaterra rural, representó vivamente la actitud conservadora y que abogó porque esta tradición de ideas políticas resultaba la mejor garantía para la concordia civil. El vínculo intergeneracional encontró en Scruton su impecable defensor. – MARIO RAMOS VERA (mrvera@comillas.edu)

BONETE PERALES, E., *Con una mujer cuando llega el fin: conversación íntima con la muerte*. BAC, Madrid 2021, 128 págs.

Enrique Bonete es sin duda uno de los filósofos españoles más productivos. Sus últimos libros componen una serie de valiosas antologías de textos sobre temas monográficos cardinales (el poder político, la

felicidad, la maldad o la figura de Cristo), el último de los cuales, *El morir de los sabios*, se dedica precisamente a la muerte. Todos ellos perfectamente introducidos, ordenados y comentados en el marco de la consistente interpretación propia que sobre cada tema nos presenta el autor. Pues bien, su más reciente propuesta, *Con una mujer cuando llega el fin. Conversación íntima con la muerte*, al mismo tiempo rompe con esa serie y la prolonga. La prosigue porque aborda, una vez más, el problema de la muerte, acaso el más visitado en la larga obra de Bonete, quien ideara a tal fin el término de «Tánato-ética». Pero rompe con dicha serie porque nos presenta una meditación deliberadamente austera y enteramente personal sobre el sentido ético y antropológico, y hasta —en la última parte del libro— religioso o teológico de la muerte. Lo cual significa que, para filósofos, la referencia a *El morir de los sabios* ha de quedar en todo momento como trasfondo para la lectura de *Con una mujer cuando llega el fin*, pues es lo que permite a Bonete evitarse referencias académicas (a Heidegger, por ejemplo) y lanzarse al tema directamente en una indagación legible, «pensable» y honesta, que interroga sin solución de continuidad al lector sobre sus propias posiciones y temores. Indagación que asume el carácter sapiencial originario de la filosofía moral grecolatina, cuando esta se movía en un campo de juego paralelo al de las tradiciones orientales —literarias, éticas, místicas, religiosas— que surgieron en lo que Jaspers denominara el «tiempo eje» de la historia de la humanidad, antes de que la división del trabajo intelectual o de las especialidades desempeñara el papel determinante que tiene entre nosotros.

Adopta el opúsculo la forma de un diálogo entre el autor, «el Filósofo», y una «Mujer», en una conseguida cita explícita del *De consolazione philosophia* de Boecio. Y, como a menudo sucede en la tradición platónica, es a través de ambos interlocutores, con las palabras del uno y la otra, como Bonete expone su propia filosofía, los pensamientos que considera verdaderos. El preámbulo es un relato autobiográfico, veraz y literariamente digno, de un accidente cardíaco sufrido en el tiempo del toque de queda, con las calles desiertas y

el ingreso hospitalario prácticamente imposible. Aquí, como en el epílogo —que no vamos a desvelar—, el autor aparece ligado a otra mujer, esta de carne y hueso, su esposa.

No es la muerte un asunto que esté filosóficamente de moda. Los ecos del mismo parecen haberse apagado a medida que el tono dramático —como decía Vattimo— del existencialismo fue quedando desfasado, con algunas excepciones, como las de Thomas Nagel y Ernst Tugendhat, dos filósofos inequívocamente ateos de fuerte sensibilidad antropológica. En contraste —no buscado— con ellos, Bonete presenta una reflexión comedida (en la mayor parte del texto) y de explícita filiación cristiana. Voy a resumir alguno de sus ejes principales de forma un tanto libre, recopilando con brevedad las ideas del autor sobre tales ejes, sin seguir el desarrollo lineal del libro. Solo entre líneas añadiré algún comentario por mi cuenta.

La previsión de nuestro final, la certidumbre del mismo, es algo que nos distingue como especie. Y el miedo a la muerte parece un rasgo antropológico que está presente en la mayoría de las sociedades. ¿Por qué? La Mujer propone como explicación el impacto que ejerce la visión del cadáver y su putrefacción sobre nuestra imaginación. El Filósofo duda de la misma —muchos jóvenes que nunca han contemplado ninguno temen también— y presenta como alternativa dos motivos para concebir la muerte como la mayor amenaza a nuestra existencia: la pérdida de nuestros seres queridos y nuestra instintiva oposición a la aniquilación que la muerte provoca en nuestro ser «más íntimo», el «yo personal» (p. 53). Prosigo con este motivo, el del yo, si bien ambos están interrelacionados.

Entreteje el autor, sin confundirlas, las tramas antropológicas y éticas que afectan a nuestro problema. El hombre es un ser temporal volcado en proyectos de un futuro que se esfuerza por prever y cuyo resultado quisiera anticipar, controlar. La consciencia de la finitud «contribuye a mi identidad constitutiva tanto como la inteligencia o la autonomía» (p. 64), hasta tal punto que el «ser yo» «equivale a saber que soy yo quien morirá» (p. 47). Contar con el final de mi existir particular dota de autenticidad a mis proyectos. Pero nos resulta psicológicamente

imposible de aceptar «la paralización del proyecto de llegar a ser uno mismo» (p. 98), la amenaza que la muerte comporta para la permanencia de nuestra identidad; y tampoco podemos asumir con coherencia que nuestro deseo de «ser» sea absurdo o sin sentido. La réplica que articulan, entre la Mujer y el Filósofo del libro, apela al brillo biográfico y moral que la muerte aporta a la vida humana. No solo porque su proximidad ayude a disfrutar más de esta, sino porque es una fuente de autoconocimiento que provoca la revisión existencial de la propia vida («¿para qué he vivido?», «¿cómo me he comportado con los demás?») y —cuando se abren bien los ojos— lucidez sobre qué es lo esencial de la vida. Y más aún porque, al cerrarla, fija la trayectoria de esta y le confiere una seriedad moral que la muerte ya no puede desmerecer; al contrario, deja disponible la «obra ética» que representa la vida concluida, su valor para ejercer sus efectos en la vida de otros. En este sentido, la destrucción del cuerpo no cercena la identidad moral.

Pero además de seres proyectivos, somos seres que necesitan amar y ser amados, lo que constituye también un rasgo antropológico: la necesidad de contar con las demás personas, no como medios, sino amándolas y valorándolas en tanto que personas. A mi juicio, este eje de la relación entre la muerte y el amor es el más atractivo de un libro que, de hecho, el autor escribe «rozando la piel» de su amada (p. 29) y que ya ocupó un lugar importante en *El morir de los sabios*. Su conexión con el eje precedente es múltiple. Por un lado, la acción moral que admiramos suele ser la acción desinteresada y amorosa. Por otro lado, construimos nuestra identidad personal codo a codo con nuestros amigos y familiares y, por ende, nuestros amores forman parte de esa identidad, de cómo entendemos nuestra propia vida. De ahí que la desaparición de nuestros próximos afecte a nuestro ser más íntimo. Permítaseme al respecto una cita amplia que da, a la vez, una idea cabal del tono sereno del libro:

*Compartir sentimientos, alegrías, penas y esperanzas durante la vida con personas amadas construye la identidad y el ser que somos. La desesperación y el dolor que provoca usted [la Mujer] con su llegada se deben en parte a que nunca nos*

*permite abandonar juntos este mundo. Hemos de acatar un designio incomprensible cuando elige primero, arbitrariamente, a un miembro de la familia, del grupo de amigos, a uno de los cónyuges. Provoca usted la mayor soledad que sufrimos los humanos tanto quienes abandonan este mundo como los que se quedan en él pocos años más (pp. 79 s.).*

Así, el anhelo de inmortalidad, de «ser» frente a las amenazas de la finitud (la enfermedad, el dolor, la vejez, la muerte), de que no hayan sido inútiles los esfuerzos del vivir y el amar, no se refiere solo al propio yo, sino también a las personas amadas que han desaparecido. Es el deseo de que la corrupción no sea más fuerte que el amor que ha impulsado durante siglos religiones y filosofías (p. 91).

El desenlace del libro tiene lugar en los dos capítulos finales (el 16 y el 17) y en un epílogo de carácter literario. En el 17, más largo que los anteriores, la extraña Mujer desvela la carta que desde el comienzo dijo guardar, haciéndose portavoz de las creencias religiosas del autor: tras la resurrección de Cristo, cada persona, después de ser atrapada por la muerte, «recibe una nueva vida espiritual y corporal, transformada, derivada de la omnipotencia recreadora de quien es *El Eterno Viviente*» (p. 104). Este capítulo conclusivo que, sin duda, excede el ámbito de la filosofía, es el que más ha gustado a algunos comentaristas. No comparto esa opinión, aunque sí comparto el contenido de aquel. Por su parte, el penúltimo capítulo (16), que algunos lectores querríamos algo más desarrollado, apunta algunas razones que podemos considerar como preámbulos filosóficos a la fe religiosa expuesta en el capítulo final. Sobre todo, que no disponemos de argumentos concluyentes de que la muerte sea el final «definitivo» que termine con la identidad personal y las especiales facultades mentales (como la autoconsciencia y la creatividad) que el ser humano atesora, que hacen —una y otras— de su biografía algo irreductible a su biología, como dice Bonete, siguiendo aquí a Julián Marías. Que nuestro ser corporal sea también espiritual debería abrirnos a la posibilidad de que exista una realidad que «trasciende a lo que ven tus ojos» (p. 102).

Estamos ante un libro que se devora con rapidez porque va a lo esencial y que, en el

mundo académico español, representa una obra singular que conjuga a una la claridad con la hondura filosófica y una valiente confesión personal que, sin la menor duda, discurre a contracorriente. Por todo ello, resulta imprescindible. — JOSÉ V. BONET-SÁNCHEZ (josev.bonet@ucv.es)

PRO VELASCO, M. L., *Introducción a la ética de Robert Spaemann*, Editorial Comares, Granada, 2021, 180 págs.

El pensamiento ético del filósofo contemporáneo es presentado por la autora María Luisa Pro Velasco, a través de cuatro capítulos, que se desarrollan a través de un ensayo de análisis frente al pensamiento del filósofo demostrando una gran contribución al pensamiento hispanohablante. En esta aportación intelectual se pueden evidenciar importantes contradicciones en discursos de filósofos que han propuesto la definición de una ética verdadera que tenga valor fáctico sobre la realidad, de modo que, esta perspectiva, causa interés frente al pensamiento que abarca a la ética solo desde caracteres ideológicos, casi irrealizable en la realidad.

En el primer capítulo la autora procura exponer las ideas y experiencias del filósofo alemán con el fin de contextualizar al lector sobre la influencia de su pensamiento y la construcción de su discurso ético. Con esta intención el capítulo se divide en cuatro partes: 1) la situación actual del tiempo de la filosofía del alemán; 2) la filosofía de Robert Spaemann; 3) el interés del filósofo por Francia 4) la vida como profesor universitario. La primera parte del capítulo, la situación social de su tiempo, se resaltan las características de la niñez del pensador, la vida familiar, el contexto escolar, la polémica que marca tensiones y sufrimientos contra el régimen provocados por la segunda guerra mundial, pero lo más relevante de todo este período es el movimiento filosófico que estaba presente durante la época como la filosofía existencialista, el neo marxismo, la hermenéutica y la formación del Círculo de Viena. La segunda parte del capítulo, se subraya el panorama intelectual de la época que marcaron características relevantes en el pensamiento de Spaemann rescatando las lecturas que fueron determinantes en la construcción del